EL BOTIJO

Ignoro si el botijo es una conquista de los tiempos modernos; pero declaro, con franqueza, que me tiene completamente sin cuidado la fecha de su origen, y que me importa un comino todo lo que á su historia se refiere. . . . . .

España tiene, como todos los países, ciertos rasgos peculiares que vienen á formar su verdadero carácter y que constituyen su fisonomía particular.

La holgazanería es cualidad inherente á todo buen español: la afición á los toros es condición *sine qua non* de nuestro carácter, y no podrá prescindir de ella quien en algo estime el honor nacional.

La guitarra, el bolero, la mantilla, el brasero, el botijo y otra porción de *cachivaches*, son nuestros y muy nuestros; estando así reconocido por las potencias, hasta tal punto, que los extranjeros no conciben un español diligente, antitaurino y que no *posea* la guitarra más ó menos diestramente, así como nosotros no concebimos tampoco un italiano que no toque el acordeón ó el organillo, por lo menos, un francés que no baile el cancán, un alemán que no beba cerveza, ni un inglés que no sea excéntrico y á quien no le guste darse de puñetazos con sus semejantes, que es la mayor y la más culta de las excentricidades.

Pero como el consorcio de las ideas es un hecho, como la humanidad progresa, y como ya *no hay fronteras*, la guitarra se ha convertido en piano, el bolero en walz ó polka, la mantilla en sombrero, quedando solamente el botijo como símbolo de nuestro carácter y monumento de nuestras glorias nacionales, conservando el agua fresca juntamente con las tradiciones españolas.

El botijo tiene una figura noble, digna y altamente española. Por su abultada panza parece un antiguo consejero ó un moderno magistrado, y por su base el ajustado pantalón de un *petimetre*, teniendo siempre el oído abierto á caza de secretos que nos transmite por el pitorro, envueltos en un chorro de agua, y pareciendo su asa el ojo de la Providencia, que vigila todas nuestras acciones.

El botijo suele ser muchas veces el *galeoto* del amor. ¡Con cuánta gracia y donaire descansa en la cadera de la criada que va á la fuente á llenarlo de agua, mientras su corazoncito se llena de amor por un bizarro soldado que desliza en su oído palabritas más dulces que la miel. Pero el botijo, sin perder un ápice de su gravedad, va haciendo acopio de las promesas de aquel Marte de menor cuantía, para recordárselas en momento oportuno, jurando vengarse si no las cumple, y llorando á lágrima viva cuando se rompe la virtud de la muchacha, que, como todas las del día, y merced al progreso de las costumbres, es más frágil que el botijo que supo apagar algunas veces el fuego de su pasión.

El botijo es nieto de la tinaja, hijo del cántaro y consorte de la botija, de la cual vive divorciado sin haber tenido sucesión; contando entre sus parientes á la bota, el frasco y la botella; pero con ésta no se trata, porque dicha señora «tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca». Con la que se trata íntimamente es con la cazuela, pues algunas veces el botijo, constristado por las flaquezas humanas y apenado por los desengaños y falsedades del mundo, llora sin consuelo, y la cazuela es la encargada de recoger sus lágrimas.

El botijo es altamente democrático:

desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,

ó, lo que es lo mismo, igual en el palacio que en la humilde cabaña, se encuentra un botijo, más ó menos modesto, pero botijo al fin; y lo mismo el magnate ó potentado, que el escritor (que por ciertas observaciones se ha llegado á averiguar es el sér más pobre y desventurado de la tierra), apagan en él su sed, aunque cada uno á su manera, según sus clases y condiciones, pues ni aquéllas han desaparecido todavía, ni éstas desaparecerán jamás.

Por otra parte, en la manera de beber se conoce también la clase, temperamento, usos y aficiones de la persona. Así, los nerviosos beben á intervalos, y los linfáticos despacito; los pintores, poetas y demás individuos de la gran familia de los artistas, beben *á chorro*, mientras que los pollos del día, diputados de la mayoría, y, en general, todo el que chupa algo, *mama* como en los primeros años de su existencia.

Aunque el botijo se ha traducido al francés, no ha podido aclimatarse en Francia, pues no se le encuentra más que en España, y tiene su trono en el balcón ó en la ventana, que es también otro atributo de nuestra nacionalidad. Y si alguno intentara arrebatárnoslo, no dudaría todo buen español en lanzarse á la pelea y morir, si fuera preciso, en defensa del archivo de nuestras historias y tradiciones: del clásico botijo.

F. OLTRA DALMAU

MOSAICO

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta: cuadro de J. M. Tamburini.
En el Océano de la vida, caricaturas por Xaudaró.
Páginas en color: *Mme. Darclée*, del Gran Teatro del Liceo, fotografía de Napoleón, con alegorías de A. Seriñá.
Una calle, cuadro de Urgell.
Del tiempo de Goya, cuadro de Ramón Tusquets.
En la feria de Sevilla, por Obiols Delgado.
En boca cerrada..., artículo por A. Sánchez Pérez.
Amores criollos, artículo de costumbres americanas, por P. Sañudo Autrán, con ilustraciones de J. Cuchy.
¡Santa!, por Pablo de Segovia, ilustraciones de Passos.
Notas de Arte. El Quijote en dibujos, por José Ramón Mélida.
Trabajos en el Tíber, cuadro de Enrique Serra.
El sablazo, artículo por Rafael Chinchón.
El velón, por F. Gras y Elías, ilustraciones de J. Cuchy.
Mosaico.
Regalo. Un precioso figurín iluminado.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Pujadas.

GRAN TEATRO DEL LICEO

Mme. ARICLÉE DARCLÉE

AMORES CRIOLLOS

NARRACIÓN POPULAR ARGENTINA

Ah, sí, Manuel; ten por seguro que esa *china* (1) me quiere y que será mía, pese á quien pese; á su familia, al *patrón*, al mismísimo Juan.

—Mucho dices.

—A todo me animo; todo por ella; millares de plata que tuviera en mis arcas, millares de reses que poseyera en una *estancia* (2), miles de vidas que acumulara en mi alma; todo puesto en juego para esa mujer que tan enloquecido me tiene; todo absolutamente para ella.

—¡Sebastián...!

—Créeme, *ché* (3); camino por todas partes con un solo objeto; trabajo para una sola cosa en el mundo; soy payador; para cantarla, tengo ambición y ganas de que me aplaudan y de que no haya nadie que pueda en la República *contender* conmigo, únicamente por Zelmira, Manuel.

—Se me figura que la empresa es algo más difícil de lo que tú te imaginas.

—Ya lo veremos. De todos modos, ni retrocedo, ni me desanimo en la lucha. No he sido en mi vida *flojo* y no he de serlo en esta ocasión.

—Adelante.

—Y tanto. Ni las montañas esas de nieves que estorban todo paso y lo arrollan todo, allá en las fronteras de Chile; ni aunque se me pusieran por delante los Andes.

Así hablaban en Buenos Aires, en una antigua *pulpería* (4) de la Boca del riachuelo, dos *gauchos payadores* de los más populares entonces.

El gaucho es el hombre del campo; el payador, es el poeta popular espontáneo, que no para mientes en contar las sílabas de los versos, porque no se le alcanza ni se lo han enseñado; pero que posee una facilidad realmente pasmosa para improvisar á su modo y una brillante imaginación que ya envidiarían vates muy inspirados.

El payador, aguijoneado por su contrario, contesta en el acto con una agudeza, devuelve la flecha con otra punzante, rechaza el ditirambo con otra *caída*, sin darle vueltas al pensamiento, con rapidez vertiginosa, y así suele hacerlo por un buen espacio de tiempo, por una y otra hora, sin descansar y sin fatigarse; siempre frescas aquellas meridionales cabezas caldeadas por el sol radiante de América.

Es realmente notable esa especie de trovador que se encuentra en América, ese poeta inculto que tiene á su modo romanticismos especiales, notas patrióticas y amorosas, imaginación, inventiva y una facilidad pasmosa para rimar, siquiera sea incorrectamente.

Santos Alvarez se disputaba la supremacía de los payadores en el Río de la Plata, y no era otro que el que hemos visto hablar con Manuel de unos amores difíciles. Manuel, su interlocutor, era García, notable también en el género, y amigo de veras de Santos.

Zelmira, por la presión que en ella ejercieran su familia y hasta su amo, se había visto obligada á admitir los amores de un tal Juan Fernández, *gaucho* de no muy buenos antecedentes, del que se contaba una historia horrible al ir á pelear en las fronteras contra los indios; pero que se había ganado completamente la voluntad y la confianza de un rico *estanciero* de la provincia de Corrientes y la de una familia que en calidad de mayordomos-sirviente, mezcla de una cosa y de otra, se hallaba al frente de aquel magnífico establecimiento de campo y tenía una hija hermosísima, genuinamente americana, de color cobrizo, de negros y chispeantes ojos, de pies menudos, de cintura pequeña, de cuerpo flexible, de andar gracioso, de dientes blancos como la leche, de encantadora sonrisa.

Era Zelmira una *china* que valía mucho, capaz de trastornar la razón al hombre más frío del mundo y de poner como una pila de Volta al que sintiera bullir con ardor la sangre en la venas, como le pasaba á Santos.

Fernández era un hombre totalmente distinto al célebre payador, y por consiguiente ni nunca habría querido como se lo merecía á Zelmira, ni ésta á él, sin que por esto venga á decir yo que Juan no amaba á la *china*, pero su amor era salvaje, de pasiones rastreras, de apetitos carnales, de ansia de malos ó violentos deseos.

En aquella alma no cabían grandes sentimientos; aquel corazón no latía al impulso de nada que fuese noble, digno ó desinteresado. Salvarle de aquel hombre funesto, á Zelmira, era lo mismo que redimirla de un cautiverio. Se hallaba aprisionada entre las cadenas de su voluntad indomable, y quien las pudiera romper, le devolvía, al hacerlo, la libertad; y esto se propuso el célebre payador argentino.

No era su contrincante lo que pudiera preocuparle para conseguir este fin, porque el enamorado mozo era muy resuelto y muy *guapo*, sino la barrera inexpugnable de la familia, el cerco que le habían puesto sus padres, en la *estancia* á la *china*. Ejercían una vigilancia extraordinaria sobre ella que no permitía que nadie pudiera hablarla y apenas verla, como no fuera de lejos. Allí no había más que Fernández; aquel hombre funesto era el único que gozaba del privilegio negado á todos; de la dicha de relacionarse con ella; de la dicha, sí, porque era una gloria Zelmira, destello del cielo purísimo y hermoso de la Argentina, que parece tan azul, tan alegre, tan claro como el de España; y que tanto nos lo recuerda cuando estamos allá. Pero una casualidad feliz vino á favorecer los deseos del apasionado *gaucho*, cantador de *milongos* (5).

En el pueblo más próximo á la *estancia* en donde vivía Zelmira, se concertó una *payada* por el mismo dueño de aquella rica finca, y para celebrar, unido á otros festejos, el paso del ferrocarril por aquellas tierras y el viaje del Presidente de la República que inauguraba en persona el nuevo ramal, del que tan grandes beneficios se prometían todos en la comarca.

La fiesta de los trovadores populares se celebró, asistiendo buen golpe de gente á ella, y entre ésta, Zelmira, su familia y el maldito de Juan Fernández, el novio impuesto, el asesino del oficial Gutiérrez del Campo, en la frontera, el verdugo feroz, sanguinario, implacable del pobre indio.

El triunfo de Santos Alvarez fué completo.

La presencia de la mujer que adoraba le enardeció de tal manera, de tal modo supo prestarle alientos titánicos, inspiraciones poderosas, facilidad extraordinaria, que venció con ventaja y en toda la línea á su poderoso rival en aquella contienda y le aseguró la victoria en el corazón de Zelmira, que ya era suyo, completamente suyo y por siempre.

Fué tan visible la emoción que experimentara la *china*, fué tan grande el sacudimiento que sufrió al ver á Santos rodeado de gloria y tenido después de tan famoso palenque como el primer payador indiscutible,

(1) Indígena entre la gente del pueblo.

(2) Establecimiento de campo.

(3) Expresión valenciana, de intimidad, transportada á la República Argentina.

(4) Especie de taberna y bodegón.

(5) Cantos populares, cuya letra improvisan los payadores.

sancionado de toda la República Argentina y hasta de la Oriental del Uruguay, que el mismo Juan, el novio impuesto, hubo de notarlo, alarmarse y jurar la muerte de Santos Alvarez, quien, como ya hemos dicho, al ganar en la justa á Juan de Dios Zuberburri, el primer payador del Río de la Plata, había ganado el puesto que él ocupaba, y con éste su aureola inmensa y la manera de hacerse en breve con una posición que ofrecer á su amada, con una verdadera y cuantiosa fortuna; unir los bienes de la tierra con las felicidades del cielo significadas para el trovador popular en las dichas del amor de Zelmira.

. . . . . .

. . . . . .

Es preciso haber estado en la hermosa y cada vez más importante tierra americana en que naciera Belgrano, para poder apreciar lo que son esas noches de luna, en el campo, bajo la espléndida y clara techumbre de millares de estrellas que tachonan el firmamento en aquellas regiones.

El tibio ambiente, el rasgueo á lo lejos de alguna guitarra en alguna *estancia;* el suave flotar de las hojas á impulso de cualquier ráfaga de brisa que acaricia las plantas; el aleteo de algún ave; los pasos de algún caminante; el trotar del ligero caballo de pura raza del país, que al apuntar el alba estará descansando ya en un potrero; el panorama encantador de noche en los países americanos; el interesante cuadro de la naturaleza en aquellas feraces tierras, que el hombre cultiva desentrañando sus riquezas y arrancándole á sus capas, con las primicias de sus frutos, las savias de sus primeras germinaciones.

Por un sendero que conducía á Corrientes y á la *estancia* en donde se hallaba Zelmira, iba un hombre que llevaba retratada en su cara la maldad de su alma, y en él pudiera notarse á la luz de aquella clarísima luna que algo muy depravado maquinaba en su torpe cerebro.

Esperaba que por allí pasase el famoso payador del Río de la Plata, y experimentaba en el entretanto el salvaje placer de acariciar el arma de fuego con que iba á asesinarle á su gusto, en la sombra, arteramente, acechándole como el cazador á una pieza.

Santos no había conseguido que le diesen en matrimonio á su adorada Zelmira, y ella, dispuesta á enlazarse con él, no titubeó un momento en prestarse á emprender la fuga que le indicara y que pudieron realizar felizmente.

Pronto escuchó el infame bandido de las fronteras, el asesino ruin y cobarde del bravo coronel Sánchez Pérez, cuyo crimen logró que hubiera quedado oculto, el galopar ligero de un caballo en el que vió montados, al aproximarse, en aquella noche, á su rival y á Zelmira, sobre los que hizo fuego á corta distancia una vez que pasaron.

Cuantos tiros tenía su revólver, disparó uno tras otro, y con gran rapidez, sobre la enamorada pareja, cayendo en tierra el caballo y la hermosa *china*. Zelmira lanzó un grito al caer y dejó de existir para siempre.

Santos la sostuvo en sus brazos; dividió un hombre que iba corriendo, y dejando por un momento el cuerpo inerte de su amada, se fué tras él logrando alcanzarle.

Aun llevaba en sus manos el arma homicida. Santos vió que era Juan, y le previno que con su faca se defendiera, porque no asesinaba, como él lo había hecho.

La lucha fué horrible, pero Juan al fin rodó en breve por tierra rugiendo, con la existencia que se le iba, su postrer ahullido de fiera.

. . . . . .

. . . . . .

El cura de un pueblo cercano á Corrientes, que debía casar á una joven, se preparó en vez de esto á acompañar su cadáver al Cementerio.

Había sido asesinada villanamente la noche antes.

Era la víctima de Juan.

Para aquella tarde estaba anunciado, desde hacía tiempo, que los payadores Santos y González, el célebre mulato González, iban á *contender*. Un gentío inmenso acudió al lugar designado. Santos no pudo negarse (porque estaba todo dispuesto), á pesar de la pena horrorosa que le agobiaba.

Empezó la *payada*. El mulato llevaba la ventaja en la lucha. El decaimiento de Santos era muy grande.

Aquél, creyendo que iba á ganar la partida del todo, recordándole á su contrincante su amada para destrozarle el pecho, desconcertarlo por completo con el terrible golpe del recuerdo de aquella mujer que el día anterior gozaba de toda la plenitud de la vida, y vencerlo de esta manera en toda la línea, le preguntó por Zelmira. ¡Pero cuán grande fué su error!... Santos le contestó inmediatamente con los ojos arrasados en lágrimas, con frases de una ternura indefinible, con pensamientos y conceptos de una inspiración admirable que hacía prorrumpir en atronadores aplausos y vítores al numeroso público que se encontraba allí reunido.

Con qué poesía tan natural, con qué facilidad tan pasmosa el payador relataba su pena, sus amores, su angustia, el vacío que sintiera en el mundo, el afán de unirse á Zelmira, si ya no en ésta en la otra vida, el deseo ferviente, anhelante, y á medida que lo expresaba, cambió su aspecto, se dilataron sus órbitas, se inyectaron sus ojos de sangre, y como herido por un rayo, cayó abrazado á su guitarra para no levantarse más, presa de una terrible congestión, y después de haber dicho:

Me reclama y yo la quiero
y no he de hacerme esperar;
allá voy, con mi guitarra,
para poderla cantar
dentro de su propia tumba;
¡que me lleven por piedad!

P. SAÑUDO AUTRAN

ILUSTRACIONES DE CUCHY.

MODESTO URGELL

UNA CALLE

RAMON TUSQUETS

DEL TIEMPO DE GOYA

¡SANTA!...

La condesa estaba atenta á su labor y el conde, sentado á sus pies, leía en alta voz en un libro.

—¿No me atiendes?—preguntó el conde interrumpiendo la lectura y fijando sus ojos en el hermoso rostro de su esposa.

Ella dejó caer sobre la falda el rico bordado y rodeó con sus brazos el cuello de su esposo.

—¿Que no te escucho?...—murmuró casi al oído del conde.

Su voz era dulce, armoniosa; en sus ojos se leía todo un poema de amor.

—¡Qué hermosa eres!—exclamó el conde, reclinando su cabeza sobre el seno de su esposa.

—¡Cuánto te amo!—respondió ella, con la más bella sonrisa de la mujer feliz.

Formaban, verdaderamente, un grupo hermoso.

Jóvenes, enamorados, ricos... ¿qué podían envidiar en el mundo?

Cuando el viejo criado Lorenzo se presentó con la bandeja de plata, la condesa tomó con aire de disgusto la tarjeta que en ella le presentaba, contrariada porque había venido á interrumpir su idilio amoroso.

—¿Un importuno?—preguntó el conde malhumorado.

—« Ana Pérez »—leyó ella.—¿Quién será?... ¡Ah, desmemoriada!... Es la dama de compañía que tú tanto me has recomendado. Hazla pasar Lorenzo.

El conde se levantó con ademán de despecho, exclamando:

—¡Podía haber venido á otra hora!

—¡Vaya, vaya, Arturo! Sé bueno. Recibamos á esa pobre señora.

Se levantó el portier de la entrada y una mujer vestida de luto avanzó con visible timidez.

El conde se volvió de espaldas rápidamente.

—¿Es usted la señora Ana Pérez?—interrogó la condesa, mirando con curiosidad á la recién llegada.

—Sí...—respondió la interrogada con voz apenas inteligible.

—Es usted muy hermosa, señora, y muy joven. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veinticuatro.

—¡Y ya viuda!

—Sí, señora... viuda.

La voz de Ana se hacía cada vez más obscura y temblorosa.

—¿Su esposo de usted era, según me han dicho, viajante de una casa de comercio?

—Sí, señora.

—¿Y hace mucho que ha muerto?

—Dos años.

—¡Dos años! ¡pobrecilla! Debe usted haber sufrido mucho.

—¡Oh!

—Perdone usted si he renovado su dolor cruento. ¿Tiene usted familia?

Ana Pérez enrojeció súbitamente y miró al conde que estaba pálido como un muerto.

—¿Tiene usted familia?—preguntó de nuevo la condesa, sin reparar en la turbación de Ana.

—Sí, señora; un... niño.

—¡Un niño! ¿Cómo se llama?

—Arturo...—murmuró entre dientes la enlutada.

La condesa miró cariñosamente á su marido, diciendo:

—¡Qué casualidad! Tu nombre, Arturo. Tráigalo usted. Yo quiero mucho á los niños. Vivirá con nosotros, ¿es verdad, esposo mío?

El conde hizo un signo afirmativo con la cabeza y trató de sonreir.

Ana llevóse el pañuelo á los labios, como para ahogar un grito.

La condesa, feliz con la idea de poder tener un niño sobre sus rodillas, su sueño dorado, continuó:

—Sí; lo traerá usted y vivirá con nosotros, como si fuera nuestro hijo... Le compraremos juguetes... ¡Pobrecito!... Yo le querré mucho. Ahora—añadió levantándose—pasemos á mi gabinete y hablaremos de nuestras cosas.

Ana respiró con más libertad.

Media hora después abandonaba la estancia de la condesa, pálida, convulsa, con los ojos humedecidos por el llanto, y el corazón palpitante.

En la escalera encontró al conde que salía á su encuentro.

Dejó caer un guante y, al ir á recogerlo, le dijo con voz temblorosa:

—¡Vas á hacerme morir, Arturo! Yo no podré vivir con esa mujer, no podré, no...

—Silencio—murmuró él con acento enérgico y mirada terrible.—¡Piensa en nuestro hijo!

—¡Pero esto es una infamia! ¡Es una cosa que me repugna!

El conde miró en torno suyo para cerciorarse de que estaban solos y cogiéndola brutalmente por un brazo:

—Oye... El niño ha de venir á esta casa y mi mujer le ha de amar sin que sospeche nada... ¿Me has entendido?... ¡Lo mando!... ¡Lo quiero!... ¡Mi hijo vivirá conmigo!

—Así será; pero yo moriré de dolor y de vergüenza.

Y Ana bajó precipitadamente la escalera, oprimiéndose el corazón con ambas manos.

***

La condesa amaba al pobre niño con verdadera ternura y la encantaban sus juegos y sus travesuras.

Ana, cada día más pálida y más demacrada, sufría horriblemente.

Arturo la había sorprendido llorando varias veces, y la había dicho con cruel cinismo:

—Me vas á comprometer con tus escrúpulos y sensiblerías. Es preciso que mi mujer no sospeche nada.

Ana respondía siempre:

—Me muero... y eres tú quien me mata.

Por fin cayó enferma en el lecho.

No podía más.

Una noche, cuando la condesa se disponía á ir á su palco del Real, entró una camarera á decirle que Ana deseaba hablarla.

—¿Se encuentra peor?

—Hoy ha exputado más sangre que otros días.

—Corro á su lado. ¿Y su hijo?

—Duerme en la cuna.

Cuando la condesa estuvo á solas con la pobre moribunda, ésta la dijo, como presa de un delirio:

—¡Fué él quien lo quiso!... Yo me oponía... pero me amenazó con separarme de mi hijo... Yo hubiera muerto de desesperación, y cedí... Siento horribles remordimientos... Usted es una santa, y tendrá piedad de mí.

La condesa sintió que el frío de la muerte invadía su alma. Se inclinó sobre la agonizante y trató de leer en aquellos empañados ojos su terrible sospecha.

—¿Qué dices?—preguntó con temblorosa voz, sin obtener respuesta. —¿Qué quieres darme á entender?—insistió, apoyando su mano sobre la helada frente de Ana.

—¡Piedad!...—suspiró ésta, entornando los ojos.

—¡Piedad! ¿Para quién? ¿Para tí?

—No, yo no la merezco... ¡Piedad para mi pobre hijo... para mi Arturo!..

—¡Arturo!...—La condesa se irguió violentamente, como si acabara de descorrer á su vista el velo de aquel misterio, y en sus ojos brilló un relámpago de ira.

—¿Por qué le pusiste ese nombre?—siguió interrogando—¿por qué?

—¡Perdón!

—¡Ah! el padre de ese niño es mi esposo, ¿no es cierto?... Responde,... confiésalo.

—Sí...

La condesa lanzó un grito horrible que resonó lúgubremente en la estancia.

—¡Ah, miserable!—gritó, oprimiendo con fuerza el brazo de Ana—¡miserable!...

Luego apartándose de ella:

—¿Dónde está mi esposo? Quiero verle y quiero confundiros á los dos.

La infeliz moribunda inclinó la cabeza desfallecida, y de sus labios salió á borbotones un reguero de sangre que manchó las blancas sábanas del lecho.

La condesa se detuvo, se acercó á ella de nuevo y quedó contemplándola un momento.

Pensó en lo mucho que había penado aquella mujer, y una lágrima de piedad rodó por sus mejillas.

—Yo te perdono—murmuró estrechándole la cabeza con ambas manos.—Yo te perdono, infeliz criatura.

Ana abrió los ojos, y con expresión de infinito agradecimiento contempló á su rival, sin poder articular una palabra.

Luego levantó la mano y señaló la cuna de Arturito.

—Será mi hijo—dijo la condesa; comprendiendo lo que le quería decir.

La moribunda hizo un último esfuerzo, cogió el vestido de la condesa y llevándolo á sus labios murmuró, besándolo:

—¡Santa!... ¡Santa!...

Cuando el conde entró en busca de su esposa, vestido de frac, para acompañarla al teatro, ésta cerraba piadosamente los ojos de la difunta.

—¡Mamita!... ¡Mamita!...—gritaba el niño desde su cuna.

La condesa le tomó en brazos y lo estrechó contra su pecho, mirando con fría altivez á su esposo.

—Juana—la interrogó éste, que acababa de comprender lo que había pasado—Juana ¿tu corazón?...

—Juana le miró de alto á abajo.

Estaba palidísima.

—Mi corazón—dijo con voz clara y firme—pertenece desde hoy únicamente á este pobre ángel.

PABLO DE SEGOVIA

ILUSTRACIONES DE J. PASSOS.

A LA PLUMA

Notas de excaso valer
hoy la lira me concede;
¿quién, ¡oh, pluma, cantar puede
tu majestad y poder?
Editora del saber
y cincel del pensamiento,
reproduce del talento
los destellos inmortales,
dejando estelas sin cuento
en renglones desiguales.
Es tan vasta tu grandeza
y es tan noble tu destino,
que eres cetro peregrino
de la más alta realeza.
Con nerviosa ligereza
estampas, como un troquel,
la creación pura y fiel
que el pensamiento derrite;
como cable que transmite
las ideas al papel.
Si te impulsa la razón
y defiendes causa honrada,
abre tu punta acerada
hondo surco en la opinión.
Tu oportuna intervención
entre enemigas naciones,
hace callar los cañones
y desarma recios brazos;
¡que encierras en tus renglones
de fraternidad los lazos!
Cuando el cerebro caldea
ansia de bienes soñados,
son tus signos apretados
traductores de la idea.
Cuanto el pensamiento crea
das esculpido al instante;
y á tu mérito constante
deben su fama sin fin
Calderón, Quintana, Dante.
Garcilaso y Moratín.
Sobre el papel arrastrando,
cuando vas de tinta henchida,
eres una diosa herida
que va su sangre regando.
Abierta vena, manchando
el papel brillante y terso,
grabas, para admiración
del atónito universo,
la luz de la inspiración
sobre las letras de un verso.
¡Oh, pluma, rajante espada
que mata y hunde el error,
no te tuerzas al favor
de una conciencia manchada!
¡No sacies, torpe y menguada,
de la envidia el apetito;
pues lo que dejes escrito,
infamando un nombre honrado,
ha de ser padrón maldito
á noble pecho colgado!
Sé, pluma, la fiel balanza
del peso de la justicia;
muéstrate siempre propicia
á castigar con templanza.
Pero si á torpe venganza
te requiere el delincuente,
para hacer de un inocente
víctima de arteros planes...
¡no escribas, pluma! ¡detente,
y rompe tus gavilanes!

V. SERRANO CLAVERO

M. OBIOLS DELGADO

EN LA FERIA DE SEVILLA

EN BOCA CERRADA...

HABLA *para que yo te conozca» dicen* que *ha dicho* un sabio.

Confieso que ignoro cuándo, que ignoro dónde, y que, por ignorar, hasta ignoro quién lo dijo... como que no sé, si, en efecto, lo ha dicho alguien; pero háyase dicho ó no, es la verdad que no hay manera de conocer á las personas cuando no hablan.

Ya sé, ya sé que los padres y los maestros recomiendan á los muchachos el silencio, del cual aseguran que es oro (¿qué ha de ser oro?); pero así y todo, y pese á los que sostienen que la palabra ha sido concedida al hombre para que disfrace su pensamiento, me parece que están más en lo firme los que piensan que *hablando se entiende la gente.*

«En boca cerrada no entran moscas», «Palabra y piedra suelta, no tienen vuelta», «La mejor palabra es la que está por decir», «Al buen callar llaman Sancho», «Por la boca muere el pez» y muchas otras afirmaciones de la llamada sabiduría popular, prueban como dos y dos son veinticuatro, que el hombre debía ser animal silencioso, ó valerse, cuando más de alguna interjección de esas enérgicas para exteriorizar con el gesto y con la voz el estado de su ánimo en momentos determinados.

De ese parecer era mi amigo Blas, no el que sirve para que se ponga punto redondo á cuanto él dice, sino otro Blas que hablaba por los codos y al cual, por eso mismo, en media hora de conversación conocía perfectamente al menos avispado de sus interlocutores.

Porque, desengáñense ustedes – en el caso de que estén engañados— aunque sea siempre exacto (que muchas veces no lo es) que el hombre, cuando habla, se propone desfigurar lo que piensa y velar lo que siente, casi nunca, nunca por mejor decir, realiza su propósito por mucho tiempo. Es muy difícil, es casi imposible, y casi estoy por creer que imposible del todo, sostener esa ficción cuando se habla mucho.

El hombre que más dueño se crea de su palabra y que más domine su lengua, acaba por ser esclavo de ésta y se deja arrastrar, cuando menos lo teme, por la corriente impetuosa de su palabra desbordada.

Existe entre la esencia del pensamiento y su representación externa, entre la idea y la palabra que la expresa, relación tan íntima, que no hay modo de mantenerla artificialmente en contradicción, sino por muy pocos momentos.

El que habla mucho, aunque se proponga mentir, dice muchas verdades.

Y era justamente la debilidad del ya mencionado Blas, mi amigo, de quien decían cuantos lo trataban que no tenía *trastienda*, ¿qué había de tener trastienda? Ni tienda siquiera.

Hablaba, hablaba, hablaba
«sin descansar ni escupir»,

como el alférez *don Facundo Valentín Pérez* y *Pérez*, de que habla un personaje de Bretón; y no le quedaba nada dentro; después de haberle sacudido media hora, sabía uno cuanto había que saber acerca de lo que Blas era, y valía y pensaba, y podía repetirse la común frase vulgar, aquí no hay más cera que la que arde.

Blas, que se conocía, lo cual es muchísimo menos difícil de lo que por esos mundos se cree, y que deploraba, sin poder remediarlo, ser tan hablador, admiraba sinceramente, con admiración casi idolátrica, á los hombres callados.

Los que hablaban poco le parecían héroes; y los que no hablaban nunca eran semidioses.

Tratábamos por aquel entonces (porque de esto hará ya veinte años largos), á un excelentísimo señor don *Pedro Advíncula de Tecallo*, que era la admiración de Blas.

Y cómo no había de serlo si no conocíamos á una sola persona que hubiese oído el metal de la voz de don *Pedro Advíncula*.

«¡Lo que ese hombre vale! decía Blas; las cosas que ese don Pedro tiene reservadas en su cerebro. Basta verlo para convencerse de que es un ser casi sobrenatural.

Erguido siempre y siempre frunciendo el ceño; constantemente callado. Ve, oye, observa y calla. Asombra pensar en el caudal de conocimientos que ese hombre guardará en la alacena de su cerebro. Será un tesoro aquello. Claro, adquiere cuanto puede y no gasta nada, ha tenido que acabar por ser rico. Cuando ese hombre hable, si alguna vez le hacen romper su silencio, va á decir cosas admirables, nos ofrecerá prodigiosos descubrimientos.»

Y don *Pedro Advíncula de Tecallo*, habló al fin, contra lo que todos esperaban, habló y no dijo *mú* como el buey de la fábula, pero dijo muy poco más que eso; enhiló en tono reposado y con voz campanuda, media docena de majaderías.

Para Blas fué aquello un desencanto. No quería dar crédito á sus ojos, ni á sus oídos.

«Pero ¿es éste don Pedro? decía con verdadera indignación. Este hombre me ha estafado la admiración y el respeto que me inspiraba antes de oirlo.»

Desde entonces Blas, que no dejó en toda su vida de ser hablador sempiterno é impenitente, se convenció de que siendo censurables los dos extremos, es preferible cien veces el de hablar mucho al de no hablar nada.

«Malo es y molesto y fastidioso, tropezar con un charlatán que á nadie deja meter baza, y cuenta lo suyo y lo ajeno y lo que importa y lo que no importa; pero ¡qué diablo! á ése luego le conoce todo el mundo y hay mil medios de evitar sus agresiones.

Pero á estos hombres que se les acosa y no dicen: esta boca es mía; ¿quién los conoce? Pueden estar pasando en silencio gran parte de su vida y resultar después verdaderos alcornoques.»

Y creo que tenía razón Blas.

Malo es hablar mucho; pero es peor no hablar nada. En boca cerrada no entran moscas, es cierto; pero de boca cerrada tampoco pueden salir sonidos sublimes, cuya misión es unir unas almas con otras.

A. SANCHEZ PEREZ

NOTAS DE ARTE

EL QUIJOTE EN DIBUJOS

CUÁNTAS veces se ha ilustrado el *Quijote!* Pero aquí no vamos á tratar de unas nuevas *ilustraciones*, sino de la reproducción ó interpretación en dibujos de los pensamientos con que supo entretejer Cervantes su novela incomparable, lo que vale tanto como traducirla á una lengua universal: el Arte.

Idea tan original y tan vasta, pues más parece para realizada por una generación de artistas que por uno solo, se le ha ocurrido y la ha llevado á la práctica don José Jiménez Aranda, maestro eminente entre nuestros pintores contemporáneos, el autor de *Poniéndose como ropa de Pascua, Una desgracia loca*, y otros cuadros igualmente celebrados y famosos.

A este artista le distingue la condición de gran dibujante, mérito no frecuente en nuestros pintores, según dijimos al hablar de *El desnudo en el arte español;* sin que le vayan en zaga el agudo ingenio con que sabe componer y las finezas de color, del que posee el mágico secreto de expresar, con tan útil delicadeza como con la línea, el sentimiento del natural.

Ha hecho muchos dibujos; obras que hay que llamar así porque están pintadas á claro-obscuro.

¿Cómo nació en él la idea de dibujar el *Quijote?* Tan antigua como la afición á este libro es en el artista la de la pintura, pues pasajes del *Quijote* fueron los asuntos de sus primeros cuadros. No podemos puntualizar si en Sevilla (su tierra), de vuelta de Roma ó en París, donde ha residido varios años, comenzó los dibujos; pero es lo cierto que los comenzó desde luego con la idea preconcebida de dar vida gráfica á la historia del *Ingenioso Hidalgo*, siguiendo puntualmente el orden de capítulos, el encadenamiento de los hechos, y que en París, durante las largas veladas del invierno, hizo la mayor parte de ellos. Hacía este trabajo para sí, como estudio, por vía de recreo intelectual, sin fines ulteriores para endulzar la nostalgia de la patria con el más hermoso de sus recuerdos. Cuando vino á establecerse en Madrid, hace siete años, siguió este trabajo que luego ha continuado y continúa en Sevilla.

FELIX MESTRES

EN LA CARRERA DEL CORPUS

Mas, durante su corta estancia en Madrid, con motivo de la última Exposición de Bellas Artes, sorprendió á sus amigos, cuando después de enseñarles los dibujos, que llegaban á la elevada cifra de *quinientos*, les dijo, con la mayor tranquilidad del mundo, que todo aquello no era más que una serie de *bocetos*, hechos de memoria, y que iba á empezar la obra definitiva, haciendo de nuevo los dibujos, con modelos, es decir, del natural, como si se tratase de cuadros. El temple artístico que semejante empeño revela, es de lo que no se usa hoy. Pasaron los tiempos en que un Miguel Angel ó un Rafael, llenaban vastos muros y bóvedas de capillas y estancias del Vaticano con grandiosas composiciones y múltiples alegorías tomadas de los Libros santos y de la Historia, ó en que un Alberto Dureso ilustraba profusamente pasajes de libros morales, dando muestra de una fecundidad inagotable. Don José Jiménez Aranda se pone con la obra que está ejecutando al igual de los grandes maestros.

La tenacidad de nuestro artista ha producido las primeras muestras de su propósito. *Veintitrés* dibujos, que son los que constituyen el primer capítulo de ese *Quijote* gráfico, han sido enviados á Madrid, donde los hemos visto contadas personas.

Tanto estos dibujos definitivos como los que el autor llama *bocetos*, están trazados á pluma y luego pintados á la aguada (á la *gouache*, que dicen los franceses), con blanco y tinta de China. La ejecución es muy cuidadosa; detalles capitales, como cabezas y manos, están bastante concluídos y les avaloran toques magistrales de gran efecto. En suma, los dibujos en cuestión están tratados como cuadros.

Dichos veintitrés dibujos desarrollan el pensamiento del primer capítulo del *Quijote*, presentándonos, por lo tanto, el pueblo y la casa del hidalgo, y á éste tranquilo en ella con el ama y la sobrina, y el mozo de mulas, el caballo y los perros de caza; mostrándonos cómo la afición de los libros de caballerías trueca tan pacífico vecino del lugar en un loco, que intenta la descabellada idea de hacerse caballero andante.

Tres dibujos distintos desarrollan aquel conocidísimo párrafo con que da comienzo la novela. 1.° *En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme*, (cada dibujo lleva por epígrafe un trozo de texto) es la vista del pueblo, cuyo humilde caserío se apiña en torno de la iglesia; en primer término las eras; ni un árbol; cielo nubarroso, que traza el título de la obra. 2.° *no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo*... es la imagen del bueno de Quijada, pero muy distinto de como le tenía metido en el magín, pues de ordinario os le figuráis consumido por su locura, y aquí se os muestra en sus días de juicio cabal, cuando era un sujeto tranquilo, de ojos soñadores, sentado en un sillón de baqueta. 3.° *de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor*. Acaso la figura del galgo que duerme tendido en el suelo del corrallillo, sea la mejor de esta alegoría del carácter de Quijada; por la puerta de la cuadra asoma el deslucido caballo, y en un rincón se enmohecen las armas.

Siguen los dibujos y el texto: 4.° *Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados*... Esta composición despierta mayor interés, á pesar de que de sus tres personajes no se ven más que las manos; apoyadas en la mesa cubierta por el mantel, las de Quijada y la sobrina; las del ama, nudosas y curtidas (no hay duda que son las suyas) volcando en una fuente (donde comen todos juntos, á estilo clásico del lugar) el contenido de la olla, cuyo vaho oculta cuerpos y rostros. En una escudilla aguarda el salpicón. En el suelo, maltrecho, yace el carnero, del que habían de salir los «duelos y quebrantos» que se consumían los sábados, y el «palomino de añadidura» con que se regalaba la mesa los domingos.

El dibujante no ha ocultado los personajes sino con el fin de presentárnoslo con mayor solemnidad, separadamente, y por el siguiente orden- 5.° *Tenía en su casa un ama que pasaba de cuarenta*, la cual trastea en una despensa, entre orzas de miel, tinajas de aceite, etc., y vuelve el rostro curtidillo y avejentado hacia el espectador. 6.° ...y *una sobrina que no llegaba á los veinte*, lugareña vergonzosa, con los ojos bajos, faldamentas abultadas y algo cortas. 7.° ...y *un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera*, figura de gañán, admirable por su expresión y carácter, acabado estudio del natural.

En seguida vienen las diversiones con que mata su tiempo el hidalgo. Aparece en la lámina 8.ª *Gran madrugador y amigo de la caza*, caminando á la del alba, campo á traviesa, con sus arreos y sus lebreles. La 9.ª ...*y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber de ellos*, nos le muestra esperando á que le abran el artístico portón de su morada, al que llega seguido de sus perros y de un rapaz descalzo que trae sobre la cabeza los libros de caballería que no pudo tomar bajo el brazo el mismo Quijada, cuya capa denota el bulto de semejante contrabando de su sosiego.

Precioso y acabado cuadro es la 10. *Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar*. Allí se ponen de manifiesto los primeros efectos de tan empecatadas lecturas. Desarróllase la acción en un aposento de la casa del cura, mientras maese Nicolás hace á éste la barba. Quijada sentado, pero inquieto, porfía con gesto de no ceder; el cura, sentado en frente, procura conllevarle, según se desprende de su ademán; y el barbero, que parece dirigirse á mudar el agua de la vacía, mira con cara de risa al peregrino disputador. No es aquella, sin duda, la primera controversia; llueve sobre mojado.

Más elocuente aún es la lámina 11. ...*se le pasaban las noches leyendo de claro en claro*... El maniático ha dejado el lecho y sin vestirse se ha puesto de codos en su bufete, donde á la luz de un velón de Lucena devora con febril exaltación un infolio; y así le encuentran los primeros reflejos del alba que se descubren por la ventana del fondo. Tras de tal lectura sobreviene el acceso, el arrebato, que pinta con suma viveza la lámina 12: *Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía*... Aquí la descompuesta cara de Quijada es ya la de un loco.

De las imaginaciones pasa á los hechos: 13.° *Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas*... lo que ejecuta en el patio de su casa, con la mayor gravedad del mundo. Sobreviene la primera dificultad, verdadero conflicto de que da cuenta el artista en las cinco láminas siguientes: 14 ... *pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje;* corre Quijada á su aposento para buscar el remedio, (15) ... *porque de cartones hizo un modo de media celada;* vuelve al patio y toma la espada (16) ... *para probar si era fuerte*... (17) *y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana;* pero la rehace y triunfa su intento, (18) ... *la diputó y tuvo por celada finísima de encaje*.

19. *Fué luego á ver á su rocín*, es un precioso dibujo del interior de la cuadra.

Pero acaso la más peregrina y original de todas estas composiciones es la 20 ... *y en este pensamiento duró otros ocho días*. Nuestro hidalgo se ha encerrado en un aposento, olvidándose de las horas de comer, ni de qué tiene casa, ni ama, ni sobrina; sin duda para que estas no le importunen atrancó la puerta con una silla, echó llave y cerrojo, y seguido de su galgo que aburridísimo bosteza sin saber qué pensar de aquella encerrona, se pasea de largo á largo, con el dedo índice apoyado en la frente de donde quiere sacar su nuevo nombre: Don Quijote.

No le falta ya más que «una dama de quien enamorarse» y á esto se refieren las tres láminas restantes: 21 ... *si yo por males de mis pecados ó por mi buena suerte*... Imagen á un tiempo de lo real y lo ilusorio, sobre la figura del hidalgo se ve como entre nubes la escena del rendimiento del gigante Caraculiambro ante la «dulce señora». Y el entusiasmo que tales imaginaciones despiertan en aquél, es el motivo de la lámina 22. *¡Oh como se holgó nuestro buen caballero, cuando hubo hecho este discurso*... La lámina 23 ... *de quien él un tiempo anduvo enamorado*... nos hace retroceder á los buenos días de Quijada, pues nos le muestra conquistador, embozado en su capa y apostado en una esquina, acechando á la «moza labradora» á quien él, con el tiempo y por artes de su locura, había de convertir en la hermosa Dulcinea del Toboso.

Tales son los dibujos. El artista continúa su obra y continúa también los *bocetos* que suben al número de seiscientos y no llegan al final de la primera parte de la novela.

De esperar es, que tal suma de trabajos no quede en el olvido. Ese *Quijote* gráfico debe publicarse... y se publicará para que el público pueda admirarlo y poseerlo con tan exquisito cuidado como el libro de Cervantes.

José Ramón MELIDA

EL VELON

Cuando dentro de la cueva de un ropavejero descubro el clásico velón, solo, triste, apagado, sin sangre en el cuerpo, léase aceite, revuelto, confundido entre guitarras sin cuerdas, panderetas sin cascabeles, castañuelas rotas, mohosas espadas, capas apolilladas, mantillas descoloridas, calañeses sin borlas, sombreros de trespicos y de medio queso llenos de polvo, cornucopias sin azogue, confidentes sin almohadilla, y panzudas cómodas sin cerraduras; y arrojados á un rincón, como hermosos y olvidados deshechos de la bella y típica poesía nacional, el alma se acongoja, y me parece encontrarme delante de un astro que perdió para siempre su luz, y de la ruina y desolación de España.

Ese típico candelero de cuatro, cinco ó siete pábilos para las luces de aceite, como le define el diccionario, tiene una brillante historia. Cuando nuestro incomparable sol que se mira en el caudaloso Ebro; que trueca en plata la deliciosa costa de Levante; que baña de suave resplandor el Miguelete y las góticas torres de las catedrales de Burgos y Toledo, que ilumina los bailes en la ribera del Manzanares; que besa los cármenes de Granada; que inunda de luz los patios cordobeses; que acaricia la Giralda; que constituye la alegría de Cádiz; que se retrata en los ojos de nuestras codiciadas mujeres; declinaba en el ocaso para iluminar otras bellas regiones españolas, el velón aparecía en escena, disipaba las sombras y constituía la alegría y el encanto del hogar.

Las campanas daban el poético toque del Ave-María; caballeros y menestrales cerraban los portones de sus casas; las doncellas se retiraban de la fuente para pelar la pava tras de la misteriosa reja, los alcaldes de casa y corte, seguidos de un regimiento de alguaciles y corchetes, salían en busca de fulleros y rateros, acudiendo con con más ó menos presteza en donde tenía lugar descomunal fullona; la ronda de pan y huevo daba principio á su caritativa misión; la ciudad parecía un sepulcro; y el velón brillaba en todo su esplendor en las boticas, en las barberías, en los bailes de candil; iluminaba la cena del pobre y del rico, el santo rosario pasado en familia, los coloquios amorosos, la cámara nupcial, la cuna del recién nacido, la salita de labor, los juegos de danzas, el gabinete del sabio, la sala del juego, el camarín de la buscona, el cuerpo de guardias, la virgen tutelar de las familias; y en noche de llanto y duelo se le veía colocado sobre la repisa, entre blandones de amarilla cera, velando el último sueño de amortajado cadáver encerrado en su ataud.

El velón presenció los horrores de la Edad Media, inundó de luz el Renacimiento, alumbró las exageraciones del arte churrigueresco, alumbró nuestros primeros bailes de máscaras, el paso del santo entierro, tomó parte en las fiestas de las coronaciones de nuestros reyes, vió á nuestros bravos marinos llorar en tristes veladas la desastrosa hecatombe de Trafalgar y fué testigo de mil gloriosas escenas durante la Guerra de la Independencia y en la época constitucional.

Me diréis, con sobrada razón: el velón presenció los horrores del Santo oficio, la matanza de los moriscos, la expulsión de los judíos y las liviandades de los reyes y de otros que no lo eran; pero en cambio, á la luz de sus pábilos, escribieron sus inmortales dramas y comedias de capa y espada, los grandes vates del siglo de oro; compuso sus versos Santa Teresa de Jesús; redactó sus cartas María Coronel, la venerable de Agreda; inundó de ilustración el mundo el sapientísimo Feijóo; redactó incomparables páginas de gran enseñanza Jovellanos; encaminó á la elocuencia Capmany; Moratín regeneró el teatro; y compuso sus esculturales odas Quintana, el gran poeta de la patria y de la libertad.

Si la luna aun continúa siendo el sol de los enamorados, el velón fué el confidente de mil escenas de amor en aquellos *obscuros* tiempos que ya han pasado á la historia, con sus errores y sus encantos, con sus defectos y sus bellezas. A la luz del velón leía á hurtadillas la muchacha enamorada los billetes de su novio; bailaba con el preferido de su corazón en la ancha y despejada sala, en las noches de sarao; conversaba con el queriente, velando la capilla del barrio en la fiesta de San Antonio de Padua, que tan bellas devotas ha tenido siempre en España, en la de la Magdalena que cura de mal de amores, en la del Carmen y en la de Santo Domingo de Guzmán; y alumbraba á la desvelada niña, que al oir el primer toque de misa del alba saltaba presurosa de la cama para acudir al templo donde la esperaba el impaciente galán.

En el siglo XIX acabó su misión el velón sobre la tierra. Primero el quinqué, después el gas y el petróleo, y por último la electricidad le arrojaron de su trono de gloria y le envolvieron con la mortaja del olvido. Aquel astro que brilló por espacio de tantos siglos, perdió su luz y sirve de chacota y burla al mismo tiempo. Mas ¡ay! yo adoro la libertad, amo el progreso, bendigo la civilización; pero prefiero recorrer las calles de Madrid y de Toledo á la luz de un velón, que no verlas iluminadas por la electricidad, pues ella es solamente la prolongación del día, y roba á la noche sus sombras, sus misterios, sus encantos y su poesía, y el día en que ésta muera estará de más el sentimiento y el corazón.

Francisco GRAS y ELIAS

EL SABLAZO

I

He buscado, en vano, en la última edición del Diccionario de la lengua castellana, por la Real Academia Española, la acepción que hoy da el vulgo á la palabra *sablazo*, y aunque ya en 1884 se ejercitaban mis nunca bien amados compatriotas en la vilipendiosa cuanto útil práctica del *sablaceo*, es lo cierto que, el no haber ingerido en nuestro léxico la docta asamblea, en su obra de la citada fecha, tan repetido vocablo, prueba con plena probanza, que, en aquel entonces, no se había vulgarizado el uso del *sablazo*, tal y como hoy es entendido, hasta el grado de merecer que lo definieran los conspicuos encargados de limpiar, fijar y dar esplendor á la hispana lengua.

Más me afirmo en esta creencia, cuando recuerdo que, un año antes de la data á que me refiero, cuando los inmortales componían el Diccionario, hoy vigente, apadrinó el eximio académico señor Cánovas del Castillo, la frase familiar: *quedarse con uno* — sin duda para dar á entender que ya él se había *quedado con todos* — y otras de igual jaez, que se complacía en recoger del vocabulario de las clases populares — porque si bien no las frecuentaba, le eran conocidas; y porque no hay que olvidar que al par de insigne estadista, era un malagueño zumbón, de imaginación regocijada que se desbordaba en frases donairosas, de sal ática y pimienta de nativo andaluz — pareciéndome extraño que en aquella hornada, no incluyera una voz de tanta resonancia y hoy tan en boga. No cabe, pues, dudar, que el nunca bastantemente llorado don Antonio, ó no llegó á sufrir entonces embates de los modernos campeones de la esgrima más temible de estos desventurados tiempos, ó no se había propagado en aquella fecha — y esto es lo más probable - con las proporciones asoladoras que en la actualidad ofrece, el ejercicio del *sablazo*, ó mejor dicho, del *sablaceo*.

Que el *sablazo*, tal como hoy *se da* en nuestra amada patria, *se ha dado* en las pasadas centurias; que su práctica es de todas las edades; que se ha señoreado en todas latitudes; que sus orígenes, lejos de perderse entre las tinieblas que envuelven el origen del humano linaje, hállase hasta en los tiempos prehistóricos; que es consubstancial con el hombre y, por tanto, eminentemente humano... es evidente de toda evidencia. Lo que hay es que, siendo un mal y un bien fortuitos — *bien* para el que lo da, con fruto, *mal* para el que lo recibe inerme y sin defensa alguna; — constituyendo institución que es al hombre lo que la sombra al cuerpo, no puede substraerse á las leyes biológicas á que están sujetas cuanto vive, ni evitar las transformaciones de que todo es tributario en la existencia. No es, por tanto, el *sablazo*, en esencia, lo que nace ó muere ó se transforma; es la forma y sólo la forma la que cambia; es el modo de expresión y exteriorización en medios y tiempos determinados, lo que varía. El sablazo es, resumiendo, anterior á los tiempos históricos; se manifiesta, metamorfoseándose, pero siempre con doble naturaleza, bifronte, con dos caras, como Jano, representando el bien y el mal, según que *se da en hueso* — ó sea sin éxito — ó en faltriquera ahita; y es finito, como el hombre — si bien respetables varones de profunda sabiduría en la tal esgrima, opinan al unísono, que traspasará con el espíritu de aquél, los umbrales de la eternidad.

En apoyo de las precedentes aseveraciones, no he menester hacer alardes de erudición, exhumando textos é ilustrando este articulejo con abundante copia de indigestas notas y apéndices. La verdad de cuanto afirmo, está en la conciencia de todos. Tan sólo habré de aducir un dato, en extremo elocuente, que demuestra la añejez del *sablazo*, entre nosotros. Un antiguo refrán castellano — que personas letradas aseguran haber sido traducido del sanscrito—dice que:

el amigo que no presta y el cuchillo que no corta,
que se pierda poco importa:

refrán compuesto sin duda alguna en colaboración, por *sablistas* ó *sablacistas* de antaño, despechados.

II

El *sablazo*, en nuestros días, es, después de todo, más que un arma de que se valen los astrosos pordioseros vergonzantes de levita para allegar menguados recursos con los cuales mantener su agónica vida, un escudo ó baluarte en que se amparan los burgueses de caudal anónimo, de ignorado origen; los petulantes *indianos* que visitaron el nuevo continente haciendo estación en calidad de covachuelistas afortunados en alguna aduana de mucho tráfico; los capitalistas ó rentistas de alma endurecida y huero corazón que, satisfechos de lo necesario y hartos de lo superfluo, no sienten la virtud de la caridad y denostan á todo el que postula, motejándolo de holgazán, vicioso y perdulario.

La idea del préstamo generoso, sin usurarias ganancias; el concepto de anticipo liberal y cristiano para remediar una aflicción ó una penuria, que fueron concepto é idea de todos los tiempos, han sido degeneradas y envilecidas, por el egoísta, ateo y desnaturalizado. Afeando la acción del que pide — porque ha menester — denominándola con un vocablo que designe rebajamiento moral, se atrinchera el pudiente y se defiende de la exacción, al paso que se mella y se invalida el arma, al menesteroso de auxilio.

Para el ruin, para el tacaño, para el hombre sin entrañas, toda petición